

Olive SCHREINER, *La rosa de la mujer*

Traductoras: Ana Cuervo, Sheila Fernández, Rut García, Ana Mallo,
Leire Marquínez, Verónica Mendoza, Beatriz Pariente.
Coordinador: Juan Miguel Zarandona.
Universidad de Valladolid

Olive Schreiner nació en Sudáfrica en 1855 en la una misión llamada Wittebergen, cerca de Lesotho y por estas y otras circunstancias tuvo una infancia itinerante, con sus muchos hermanos, por diversas zonas del país: las minas de diamantes de Kimberley, la soledad de los campos desérticos del Karoo, etc. En 1881 viajó por primera vez a Inglaterra, donde fue aceptada en algunos de los círculos intelectuales y literarios más señeros de la metrópoli. En 1883 consiguió publicar su principal y gran novela, The Story of an African Farm, con la ayuda del victoriano George Meredith. A su vuelta a Sudáfrica en 1889 se instala de nuevo en el Karoo y se dedica a escribir de forma continuada, con un gran interés en la construcción de alegorías, y, en general, sobre los conflictos de su nación, hasta que las guerras entre bóers e ingleses le hacen sumarse al bando de los primeros de forma decidida. El otro gran tema de su obra y vida es la reivindicación de la nueva mujer independiente y liberada. Falleció en Ciudad del Cabo en 1920, con todo un conjunto de obras maestras en su haber y con la consideración de haber sido la primera gran escritora sudafricana de lengua inglesa y un clásico pionero de las letras del sur de África.

Tengo una caja de madera grabada, de color marrón; como la tapa está rota, está atada con una cuerda. Dentro guardo pedacitos de papel que envuelven mechones de cabello y un pequeño retrato que se cernía sobre la cama de mi hermano cuando éramos pequeños, y otras cosas sin importancia. Tengo dentro una rosa. Otras mujeres tienen cajas en las que guardan bagatelas, pero ninguna de ellas tiene mi rosa.

Cuando mis ojos están borrosos y mi corazón se siente débil y mi confianza en la mujer parpadea, y su presente es una angustia para mí y su futuro una desesperación, la leve y persistente esencia de esta rosa inerte, marchita desde hace doce años, vuelve a mí. Sé que llegará la primavera, lo sé tan cierto como lo saben los pájaros cuando ven por encima de la nieve dos minúsculas y temblorosas hojas verdes. La primavera no puede fallarnos.

En otro tiempo había además otras flores en la caja: un ramo de acacias blancas, recogido por una robusta mano de hombre al pasar por una calle de pueblo una tarde bochornosa, cuando había

llovido y caían sobre nosotros las gotas de las hojas de los árboles de acacia. Las flores estaban húmedas, dejaron marcas de moho en el papel en el que las envolví. Después de unos años las tiré. Ya no quedaba nada de ellas en la caja, excepto un fuerte aroma a flores secas de acacia, apenas perceptible, que recuerda aquella tarde bochornosa de verano; sin embargo, la rosa todavía permanece en la caja.

Hace ahora muchos años, yo era una chica quinceañera y estaba de visita en un pequeño pueblo del interior. Era joven en aquel entonces, había dos días de viaje desde la localidad más cercana. La población estaba formada principalmente por hombres. Algunos estaban casados y tenían sus esposas e hijos, pero la mayoría estaban solteros. Sólo había una chica joven cuando llegué. Tenía diecisiete años, era rubia y más bien rellenita; tenía unos grandes ojos azules y soñadores, mirada distraída, pelo claro y ondulado, labios carnosos y más bien gruesos, hasta que sonreía. Entonces, aparecían de repente en su rostro unos hoyuelos, y relucían todos sus blancos dientes. El guarda del hotel debía tener una hija y el granjero de las afueras tenía otras dos, pero nunca las vimos. Ella reinaba sola. Todos los hombres la adoraban. Era la única mujer en la que podían pensar. Hablaban de ella en el porche, en el mercado, en el hotel; la vigilaban por las esquinas de las calles; odiaban a los hombres a los que ella saludaba o a los que caminaban con ella por la calle. Le llevaban flores a su puerta, le ofrecían sus caballos, le suplicaban que se casara con ellos cuando se atrevían. En parte, había algo de noble y heroico en esta devoción de los hombres hacia la mejor mujer que conocían. Por otra parte, era algo natural que estos hombres, aislados del mundo, volcaran en una mujer la adoración que de otra manera hubiesen otorgado a veinte. Por otro lado había algo de mezquino en la envidia que se tenían entre ellos. Si ella hubiera levantado un dedo, imagino que podría haberse casado con cualquiera de los veinte.

Entonces llegué. No creía que yo fuera más bonita; no pensaba que fuera tan bonita como lo era ella. Era cierto que yo no era tan guapa. Pero yo estaba llena de vida, y era la nueva, y ella era la vieja – todos ellos la abandonaron y me siguieron a mí. Ellos me adoraban. Llegaban flores a mi puerta. Tenía veinte caballos que me ofrecían cuando sólo podía montar uno; esperaban por mí en las esquinas; y lo que yo decía y hacía era de lo que hablaban. En parte me gustaba. Había vivido en soledad toda mi vida; nadie me había dicho nunca que yo era guapa y que era una mujer. Les creía. No sabía que era simplemente una moda, que un hombre había impuesto y el resto la seguían sin razón alguna. Me gustaba de ellos que me pidieran en matrimonio y decirles que no. Les despreciaba. No había nacido en mí todavía el instinto maternal. No sabía que todos los hombres eran mis hijos, como la gran mujer sabe cuando su corazón ha crecido. Yo era demasiado joven para ser tierna con ellos. Me gustaba mi poder. Era como un niño con un látigo nuevo, con el que empezaba a golpear por todas partes, sin llevar cuidado contra qué lo hacía. No podía recogerlo y ponerlo en su sitio. Los hombres eran criaturas curiosas que me gustaban, no sabía decir cuál era el motivo. Sólo había algo que rompía mi satisfacción. No podía soportar que ellos la hubieran abandonado a ella por mí. De ella me gustaban sus grandes y distraídos ojos azules, su lento caminar y su acento. Cuando la veía sentada en medio de los hombres, me parecía demasiado buena para estar entre ellos. Hubiera dicho todos sus piropos si ella me hubiera sonreído una vez como les sonreía a ellos, con todo su rostro derrochando resplandor, con sus hoyuelos y sus dientes brillantes. Aunque yo sabía que nunca podría ser. Estaba segura de que ella me odiaba, que deseaba que estuviera muerta y que nunca hubiese llegado al pueblo. Ella no sabía que, cuando salíamos a pasear a caballo, un hombre que siempre montaba junto a ella vino a montar a mi lado; y que yo lo había rechazado; que una vez cuando un hombre pensaba ganar mi aprobación burlándose de su pausado acento ante mí, yo le di la espalda con tanta furia que nunca más se atrevió a acercarseme. Yo sabía

que ella conocía que en el hotel los hombres habían hecho una apuesta sobre cuál era la más bonita, ella o yo, y habían preguntado a cada hombre quién ganaría, y el que había apostado por mí ganó. Yo les odiaba por esto, pero no le dejaría ver que me preocupaba por lo que ella pensara sobre mí.

Nunca nos hablábamos.

Si nos encontrábamos en la calle del pueblo nos saludábamos y pasábamos de largo. Cuando nos estrechábamos la mano lo hacíamos en silencio, y no nos mirábamos. Aunque yo pensaba que ella sentía mi presencia en una habitación como yo sentía la suya.

Al final, la hora de mi despedida llegó. Me iba al día siguiente. Alguien que yo conocía dio una fiesta en mi honor, a la que todo el pueblo estaba invitado.

Era pleno invierno. No había nada en los jardines excepto unas pocas dalias y unos crisantemos, y supongo que en doscientas millas alrededor no había ni una rosa para ser comprada por amor o por dinero. Solamente en el jardín de un amigo mío, en un rincón soleado entre el horno y la pared de ladrillo, crecía un rosal que tenía un brote. Era blanco, y había sido prometido a la chica de pelo claro para que lo llevara a la fiesta.

Anocheció; cuando llegué y fui a la sala de espera, para quitarme la capa, vi que la chica ya estaba allí. Vestía de blanco puro, con sus grandes brazos blancos y hombros al descubierto, y su brillante pelo reluciendo a la luz de la vela, y la rosa blanca sujeta en su pecho. Parecía una reina. Yo dije: “Buenas noches”, y aparté rápidamente la vista hacia el espejo para colocarme mi vieja bufanda negra alrededor de mi viejo vestido negro.

Entonces sentí una mano tocando mi pelo.

“No te muevas”, dijo ella.

Miré al espejo. Ella se había quitado la rosa blanca de su pecho y estaba colocándola en mi pelo.

“¡Qué bonito cabello negro!; hace resaltar las flores”. Ella retrocedió y me miró. “¡Te queda mucho mejor a ti!”

Me di la vuelta.

“Me pareces tan guapa”, dije.

“S-í”, dijo ella, con su pausado acento colonial; “Te lo agradezco”.

Nos quedamos de pie mirándonos.

Entonces entraron ellos y nos sacaron a bailar. No estuvimos cerca la una de la otra en toda la noche. Solamente una vez, al pasar, me sonrió.

A la mañana siguiente me marché del pueblo.

Nunca la volví a ver.

Años después, oí que se había casado y se había ido a América; puede que fuera así o no, pero la rosa, ¡la rosa todavía está en la caja! Cuando mi confianza en la mujer se oscurece, y parece que por falta de amor y magnanimidad ella no puede tomar parte en ningún paraíso futuro, entonces el aroma de esa pequeña marchita cosa vuelve de nuevo – la primavera no puede fallarnos.